

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)

Relevo generacional

Yo puedo escribir ahora estas líneas porque un día, ya lejano, el amor de mis padres disparó todos esos admirables mecanismos que generan la vida, y que, al mismo tiempo, expanden el ámbito del amor. Primero se querían ellos entre sí, y luego, en vez de guardarse ese amor para su disfrute exclusivo, quisieron compartirlo conmigo. Ellos me quisieron, y yo les correspondí con un amor, que fue el primero, y que será el último de mi vida. Así se creó un nuevo eslabón en la cadena generacional. Los padres, porque quieren a sus hijos, les ayudan a comenzar su vida, y los hijos, cuando envejecen los padres, les ayudan, con filial solicitud, a terminar las suyas. Así se encadenan los eslabones generacionales. En las edades de la debilidad física -que son la primera y la última- las generaciones se apoyan mutuamente, para que la Historia siga su curso.

La ayuda a los mayores se realiza de dos modos distintos:

1.- De un modo específico, que se manifiesta en el cuidado personal a los padres, y

2.- De un modo general, que se manifiesta como una función social de apoyo mutuo entre generaciones.

En este segundo caso, los que ayudan, no lo hacen de modo específico a sus propios padres, sino que actúan como miembros de una generación activa, que apoya a la generación que le antecede, que ya es pasiva, porque ha terminado su actividad laboral. Visto de una manera simplificada, es como si todos los hijos se uniesen para ayudar a sus padres conjuntamente.

El primer modo de ayudar a los mayores, que es el personal, se da de modo espontáneo, porque aparte de las razones puramente morales, intervienen los vínculos afectivos entre padres e hijos.

El segundo modo, que es el social, ya no se da de modo espontáneo, y por ello, ofrece resquicios para la meditación y la duda.

El esquema simplificado que supone la unión solidaria de todos los hijos para ayudar a todos los padres, sería intachable si se diese la circunstancia de que todos los ancianos que constituyen el grupo de los ayudados, tuviesen hijos, y esos hijos constituyesen el grupo de los ayudadores. Este caso, evidentemente, no se da, porque intervienen otros factores complicantes, y por ello, se entra en terreno de controversia. Cualesquiera que sean los razonamientos que se hagan, nos anticipamos a afirmar que los hombres y mujeres que, por razones comprensibles, no han tenido hijos, merecen la ayuda solidaria de las generaciones jóvenes, en iguales condiciones que los que han tenido hijos.

Ahora bien, ¿merecen idéntica ayuda aquellas personas que, deliberadamente y movidas por el egoísmo, han renunciado al impulso vital, que constituye la clave para el encadenamiento generacional?

El más claro exponente de renuncia a este impulso vital es la unión homosexual, porque, en ella están absolutamente cegados los canales de la vida. Esta unión supone un explícito deseo de romper la cadena generacional y, por tanto, de aislarse de todos los mecanismos sociales que gobiernan los relevos de unas generaciones por otras. A una generación de homosexuales no sucede otra. Sucede solamente el vacío. Y ese vacío es, sin duda, el más triste y arriesgado proyecto de futuro. ¿Qué jóvenes generosos tendrán fuerzas disponibles para ayudarles en su vejez, cuando estén ya fatigados por la tarea de ayudar a sus propios padres?.

Se equivocan los homosexuales cuando piensan que, por el sólo hecho de pagar puntualmente sus impuestos, adquieren derechos de atención idénticos a los que tienen los restantes ciudadanos, que han hecho posible la existencia de una generación de relevo.

Estos últimos ciudadanos han pagado también sus impuestos, pero además, han limpiado muchos culitos de nene, han dado muchas papillas, y han velado muchas noches ante la camita de sus hijos enfermos, para dar a la sociedad nuevos contribuyentes, y nuevos brazos jóvenes que apoyen a la ancianidad.

Las autoridades económicas mundiales, reunidas estos días en Madrid, han dado un trompetazo a nuestra Seguridad Social, y las autoridades españolas, recogiendo el eco, deberían repasar cuidadosamente sus cálculos para el futuro mantenimiento de la Seguridad Social, y además no sería sobrado que hiciesen una meditación monográfica sobre los frutos que está dando esta nueva cultura, basada en el egoísmo y el placer.

(*) Profesor de Investigación.
